DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

OCTUBRE 2020

NÚMERO 6

STAFF

Y COLABORACIONES

DSE
Directora editorial: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***Flora Otaño Ezcurra***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Consejo editorial: ***Mariana Armelin, Martín Gagliano, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik y Darío Sosa***
Corrección: ***Pamela Altieri***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Comercial: ***Nerina Badalic***
digansuselogios.comercial@gmail.com

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Redacción: ***Mariana Armelin, Rodrigo Armoa, Josefina Bianchi, Vanina Colagiovanni, Diego Farias, Martín Gagliano, Juan Diego Incardona, E. Logian, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Gabriel Plaza, Darío Sosa*** y ***Tamara Tenenbaum***
Ilustraciones: ***Cecilia Martínez Ruppel***
Fotografía: ***Sergio Manes, Espacio Tucumán, Mariana Armelin, Facundo Dell Aqua***

AGRADECIMIENTOS:
A la ***Red Laboral de Periodistas (RLDP)***, por darnos el espacio para encontrar a nuestra nueva mafiosa positiva para el área comercial. A ***Luca Ford***, por el soporte, siempre. A ***Mariano Abrevaya Dios***, de la revista ***Kranear***, por ser el primer periodista que hizo noticia nuestra salida al mundo. ***A todas las personas que se suscribieron al Newsletter***, que esperamos lo reciban con felicidad. A ***quienes comenzaron a seguirnos en una, alguna o todas nuestras redes sociales;*** amamos el gran ida y vuelta. ***A cada alma generosa que nos dejó elogios*** en los comentarios de la web.

www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik
Nº 2, octubre 2020
Bauness 1278, CABA
Registro DNDA en trámite

BITÁCORA DE VIAJE

LEJOS, PERO CERCA

A la hora de dormir me despabilan los ruidos que atraviesan los vidrios de mi ventana, que últimamente parecen de papel. El presidente invita a que nos quedemos en nuestras casas y todo el contexto del afuera, también. Escucho insultos entre vecinos y sirenas que, por algún motivo, no despiertan a Luca: el miedo solo me abraza a mí. Me pego a su cuerpo inerte, incapaz de defenderme de nada, y espero a que bajen mis pulsaciones para retomar el sueño, pero sé que la ira no es exclusiva de la noche.

De día, los manteros se acumulan sobre la avenida Rivadavia y también pelean, primero entre ellos y luego con la policía. Yo los escucho desde el angustiante privilegio de mi ventana. En esta casa solo grito yo, y cada tanto. Lo peor que le vi hacer estos meses a Luca fue suspirar en un episodio de completa exasperación. Entonces, me disculpé y observé, un poco avergonzada por la situación, que es cierto eso de que las calladitas somos las peores. "Vos no sos calladita, Flora", me respondió.

A mí el afuera me resulta hostil casi siempre, pero últimamente algunas cosas no son solo una cuestión de mi percepción y nada más. Descubrí que mi portero es en realidad dos porteros y que mi miopía es mucho más grave de lo que sabía y sospechaba. Ese era mi problema de percepción. A esta altura del encierro, todos sabemos que los vecinos del 12º A se odian y deberían divorciarse. Esa miopía era mía, pero también de Luca, del resto del edificio, incluso de esa pareja.

Cuando me canso del encierro me recuerdo a mí misma que la variante es ir a la oficina y se me pasa. No extraño ni siquiera a Juancito de informática, mi preferido. Se asomaba al menos una vez al día a repetir los chistes que le contaba a sus compañeros del final del pasillo y a describir el bullying que recibía como resultado. Venía con su voz aniñada, su metro cincuenta y sus cuarenta años viviendo con su madre para salir corriendo nervioso de vuelta hasta su escritorio, a veces en medio de una oración. Cuando los nuevos tomaban confianza me preguntaban qué le pasaba. Con qué, contestaba yo, fingiendo desentendimiento. La verdad es que no tengo idea y a ellos no les importa realmente.

Hace poco me bajé de todas las formas de encuentros virtuales que pude y quedé escondida en mí misma, aunque la computadora siempre me encuentra. Me escapé con felicidad de mis compañeros de oficina, pero también de cosas que me gustan, como la escritura. Es que, ¿sobre qué escribimos los que narramos desde lo que nos pasa cuando no pasa? De todo y de cualquier cosa, quizás. Muchos de nuestros anhelos fueron puestos en pausa, pero hay uno que no: **DIGAN SUS ELOGIOS**. La revista es un capricho compartido que, entre otras cosas, alegra mis meses de confinamiento. De bonus, hacemos más entretenidos algunos ratos de ustedes, que nos leen. O eso esperamos.

La mayoría acumulamos en la mesa de luz una pila de libros que muta de tamaño muy lentamente. **DSE** tiene, en ese sentido, un formato amigable. Y esta segunda edición en particular me llena de alegría. Pueden leer *Esto no es un parto*, un cuento breve y espectacular de **Tamara Tenenbaum**, y *Ese verano*, un relato inédito de **Diego Farias** que roza lo políticamente incorrecto desde un ángulo tierno y hermoso. Están las reseñas de *Hasta que mueras*, de **Raquel Robles**, por **Mariana Armelin**, y *Diferentes tonos de rojo*, de **Facundo Dell Aqua**, por **Martín Gagliano**, para que sigan armando una biblioteca guiada con amor a partir de nuestros elogios. En la sección de entrevistas para hablar de lecturas con personas que se dedican a otra cosa esta vez le toca a **Juan Quintero**, folklorista de cuna, músico sideral con alma de guitarrero y poeta de los cerros y las estrellas, y la charla la lleva adelante el gran crítico y periodista especializado **Gabriel Plaza** (que es una joya escondida como escritor de cuentos). Finalmente, el capricho de esta vez es un *Cadáver expuesto*, que también es exquisito, escrito a seis manos por **Juan Diego Incardona**, **Vanina Colagiovanni**, **Josefina Bianchi**, **Rodrigo Armoa**, **María Miranda** y **Darío Sosa**. Todo embellecido con ilustraciones de **Cecilia Martínez Ruppel**, que además es poeta.

Entonces agradezco, para restarle a mi culpa burguesa —que no sufre tanto la cuarentena— la parte de ser desagradecida. Gracias por tener un trabajo que odio, por el encierro que me mantiene sana y gracias por lo que, de todas formas, me deprime bastante. Pero si hay algo que agradezco sin condicionantes es el nacimiento de cada número de **DSE**, mi único momento esperado frente a la computadora.

Espero que disfruten las lecturas tanto como yo,

FLORA OTAÑO EZCURRA
JEFA DE REDACCIÓN Y EDICIÓN WEB

ESTO NO ES UN PARTO, UN RELATO DE TAMARA TENENBAUM

Nadie vive tan cerca de nadie es un libro de cuentos –premio Ficciones del Ministerio de Cultura en 2018– que ahora suena titulado premonitoriamente. No es casual, la autora escarba interiores y parece ver el futuro. Seleccionó este, tan breve como maravilloso. Cortito y efectivo. Un trompada existencial.

ILUSTRACIONES: CECILIA MARTÍNEZ RUPPEL

Nadie vive tan cerca de nadie (Emecé, 2020), de Tamara Tenenbaum. Se consigue en físico y en digital.

Las veces que me tocó ser la extraña bondadosa en el momento crucial de una persona; pienso en esa noche que estaba cogiendo con un chico que conocía poco y el frenillo se le quebró, y nos ensangrentamos los dos, como cuando yo me indisponía pero con dolor. Fuimos al sanatorio y llamé a su mamá. Tenía las piernas bronceadas y las tetas más lindas que yo. Era el Otamendi, todo olía a mármol, a limón y a una vida responsable de prepagas y trabajos en blanco. Ella no. Ella olía a cama solar, a tabaco con perfume fuerte y floral encima, a hembra del siglo XX. Ella se llamaba Graciela, él se llamaba Ezequiel, yo me llamaba Irina. De Ezequiel recuerdo las pecas, tenía por todos lados. Y que hacía la cama muy tensa, como un militar: alguna vez probé si rebotaba una moneda y sí, la cama pasaba esa prueba.

Esperamos los tres a que el médico nos llamara por el nombre de Ezequiel. Graciela sacó de su cartera un cigarrillo, se lo puso en la boca y se quedó mirándome con el encendedor en la mano. Al segundo entendí: quería que yo se lo encendiera. Lo hice y nos vino a buscar una enfermera. Graciela no le hizo caso y se terminó su cigarrillo mientras la enfermera que tenía un rodete y la pollera del uniforme medio larguita como enfermera voluntaria de la Segunda Guerra Mundial fruncía la frente y le suplicaba que lo apagara. Se lo terminó, ya está. No vamos a prender otro. No llores, Mary Graham, Dolores Del Río, Norma Jean, como sea que te llames. Ya nos vamos.

Graciela y yo tomamos las manos de Ezequiel mientras el médico lo suturaba. Una mano cada una. Graciela vio el pito de Ezequiel y me vio a mí mirándolo también. Mitad trío, mitad sagrada familia. Lo parecido que es suturar un tejido humano y coser un botón: muy parecido. El movimiento es parecido, el hilo es parecido, la textura de la piel y la de la tela son parecidas. ¿Por qué entonces, todavía, no hay máquinas de coser personas? Graciela y yo mirándonos a los ojos. Su hijo en el medio, llorando, con las piernas abiertas, tratando de no mirar pero espiando, a ver qué le pasaba ahí entre los muslitos de pollo. El colchón ensangrentado: pensaba en la cama de la que veníamos. De las sábanas quizá sale la sangre pero el colchón lo va a tener que tirar. El olor a hierro no se le va a ir nunca. Me acordé de la vez que me cosieron a mí, que me tropecé con una baldosa rota y me rompí la pera. Estaba saliendo de una parrilla con mi mamá, mis hermanas y mi novio de esa época, era chiquita, tendría 22. Yo entré sola a que me cosieran, no como Ezequiel, pero bueno era la pera nomás. Cuando volví remendada a la sala de espera estaban solamente mi mamá y mi novio; ni rastro de mis hermanitas. Les dije a las nenas que se fueran, me dijo mamá. Total, esto no es un parto.

JUAN QUINTERO

"ESTOY EN ESA ETAPA DE ACERCARME A LA POESÍA DESDE UNA MIRADA QUE ME ABRE OTROS UNIVERSOS"

Si fuera un modelo para armar, algunas de sus partes serían una voz comparable a la de Caetano, pero con un fraseo tucumano de zamba y vidala, más esa criolla que rasguea íntima. Hermano musical de Edgardo Cardozo y Luis Pescetti, es faro de una nueva generación de folkloristas independientes, pero lo único que le importa es compartir la música.

POR: GABRIEL PLAZA

Foto: Gentileza Sergio Manes
Ilustraciones: Cecilia Martínez Ruppel

En su casa se cantaba y escuchaba bien. Sus padres, Coco y Marilí, formaban parte del Coro Provincial. En su casa se reunían Pepe Núñez y Juan Falú. Es como decir que se hubieran juntado Spinetta y Charly, pero haciendo zambas, chacareras truncas y vidalas. Juan Quintero nació en la capital tucumana en 1977 y se formó en las guitarreadas –interminables rondas donde el instrumento pasa de mano en mano y se canta algo propio o se recuerdan temas del cancionero popular– en largas noches de bohemia. También estudió música desde los 14 años y se fue a vivir a La Plata, donde egresó del profesorado de Dirección Coral. Allí, cantando, conoció al percusionista Mariano Cantero y al pianista Andrés Beeuwsaert, con los que formó el trío Aca Seca, una agrupación de las más originales, donde se cruzan la música de raíz popular, el jazz y sonidos rioplatenses y también brasileños.

En 2001 conoció a Luna Monti en un encuentro de músicos independientes en Tucumán. Empezaron a cantar juntos en una combi. Se enamoraron. Nació el dúo Juan Quintero-Luna Monti, que revolucionó el formato –algo que no pasaba desde la década del 60 con el Dúo Salteño, que fue apadrinado por el Cuchi Leguizamón– con arreglos vocales que tocaban sensiblemente la fibra de un cancionero de raíz que podía abarcar desde temas de Juan Quintero hasta piezas anónimas del folklore andino, coplas de María Elena Walsh o también obras de autores contemporáneos como Coqui Ortiz.

Quintero y Monti se separaron, como dúo y pareja. Antes, tuvieron a su hija Violeta y grabaron seis discos, más un tributo solar a Raúl Carnota, que los había apadrinado en sus inicios. Juan continúa con Aca Seca y el trío criollo Patio, que formó junto al pianista Andrés Pilar y el percusionista Santiago Segret. En un recorrido por casi dos décadas, su obra y música son como una bandera del buen gusto. Su voz tenue llegó a ser comparada con la de Caetano Veloso cantando bossa, pero que en el fraseo del tucumano se vuelve zamba y vidala. En el pulso de la guitarra criolla aparece la intimidad del sonido de cámara que dibuja el contorno de los paisajes por donde pasó y los hermanos musicales que ganó en el camino, desde Hugo Fattoruso hasta Luis Pescetti.

Juan Quintero es faro de toda una nueva generación de folkloristas independientes, pero no pretende guiar a nadie, solo quiere compartir la música. Durante estos días de pandemia, el cantante –que sigue componiendo y dando clases desde su casa a través de Zoom– recuerda su historia en Tucumán, los orígenes musicales, su vínculo con la poesía, la educación no formal en las guitarreadas y, sobre todo, los encuentros y las canciones que fueron marcando su camino.

—¿Aprovechaste de alguna manera el aislamiento por la pandemia?
—Se puede aprovechar, pero es un momento de desazón, sobre todo para los que trabajamos en el vínculo con la gente. Estamos viendo qué es lo que vamos a hacer después. No quiero encontrarle rápidamente el punto de vista de cierto optimismo a todo esto. Para mí es una cagada. Recién a partir de ahí se puede buscar qué aprender. Estoy estudiando un montón, componiendo y viviendo la misma situación que solemos reflexionar en los talleres de canciones que doy. Allí suelo preguntar: ¿qué harías si nadie te aplaude, va a tu show o te felicita? Ahora estamos en esa situación y pienso qué es lo que haré y lo que no haré. Este aislamiento nos empujó a preguntas más hondas sobre nuestro oficio y nuestra vida.

—¿Te pudiste conectar con la literatura?
—Hasta hace poco sentía que la poesía era algo alejado para mí, pero resulta que ahora, por cuestiones de la vida, tengo una compañera que es editora de libros y me va mostrando desde otro lado la poesía. Entonces está buenísimo porque es un mundo que voy descubriendo de a poco. Aparecen nuevas miradas sobre Manuel Castilla, Juan L. Ortiz, Eliseo Diego, Victor Hugo o hasta poetas clásicos como Góngora, que abren otros horizontes para mí.

—¿Eso fue alimentando nuevos procesos dentro de tu modo de crear?
—Las lecturas van cambiando la mirada sobre uno y también con respecto a los procesos que hacemos como músicos. En otra época, los versos de Cervantes o Góngora los sentíamos medio lejanos, pero resulta que hacían lo mismo que nosotros, copiarse entre ellos con su gran maestría. Había una cosa muy linda ahí, que es un equivalente y lo emparento con los procesos folklóricos que hacemos acá. Todos vamos aprendiendo de los otros, hacemos versiones, generamos cosas muy comunitarias. Eso también me fue moviendo la perilla y cambiando la mirada. Así que estoy en esa etapa de acercarme a la poesía desde una mirada que me abre otros universos, de descubrir alguna gente, de releer.

—¿Hay algunas lecturas en particular que puedas señalar?
—Me encontré con un libro de Horacio Quiroga de la editorial Serapis que se llama ***La honestidad artística: para una poética del cuento*** y está bueno para mí. También, un libro de la misma editorial, de Juan L. Ortiz, y uno que se llama ***Método de composición del poema El cuervo***, de Edgar Allan Poe. Además, estoy muy copado con las lecturas del cubano Eliseo Diego, con T. S. Elliot y César Vallejo, que hacen algunas reflexiones con respecto a la creación. Siempre hablan de poesía, pero para mí es tan claro y

hermano de los procesos creativos musicales que me sirve. Aparte, es como verse desde otro lugar. Como cuando te alejás y ves en tres dimensiones. Uno suele estar metido solo en dos. Verse reflejado en otro arte me tira pistas sobre lo que hacemos en lo nuestro. Este es un momento de acercamiento con las letras. Está buenísimo.

—Así como al leer ahora a determinados poetas tuviste ciertas revelaciones, en tus comienzos te pasó algo similar. ¿Cuál fue la primera canción que te hizo imaginar que podías ser músico?
—*Rosario Pastrana*, de Pepe Núñez y Juan Falú. Dentro de las canciones que yo solía aprender, esta me tomó varios días sacarla, muchos más aprenderla a tocar y como un año hasta que me dio coraje para cantarla en alguna reunión. Era una versión del disco de 1987 *Luz de giro*, de Juan Falú. Yo tenía 15 años. Había tratado de arrancar con el chelo y no me enganché. Me parecía que no iba a estudiar música, aunque en mi casa siempre había música. Pero a esta canción le dediqué mucho tiempo para que me diera placer y eso es algo que te marca. Fue mágico que un changuito, con toda la cantidad de distracciones que tiene a esa edad, entrara en ese estado de estar mil horas frente a un grabador y repetir, repetir hasta que le salga el tema. Es un estado que no es el más común. Otros iban a jugar a la pelota. A mí me agarró por ese lado. Encontré una pasión que me absorbió del mundo.

—Decías que la música ya estaba en tu casa y es sabido que Juan Falú, Chivo Valladares o Pepe Núñez solían visitar a tus padres. ¿Ellos son como tu familia musical o tenés otras influencias?
—Hay muchas influencias, pero creo que lo vinculado a la infancia y a la tierra siempre tiene un lugar. Aunque no me gusta establecer jerarquías, hay algo que toca una fibra, así que gente como Juan Falú, Chivo Valladares y Pepe Núñez ocupan ese lugar. También con el tiempo uno va generando paisajes propios. Tengo otros referentes, como Jorge Fandermole, Edgardo Cardozo, Violeta Parra, Mercedes Sosa y la Luna Monti mismo, que aunque es contemporánea, me moldeó también.

—Del dúo con Luna Monti llamaba la atención la química que lograban en vivo.
—A mí me parece que teníamos una referencia muy fuerte de todos los dúos que habían surgido anteriormente en el folklore, pero que a la vez había una dinámica interna del juego. Eso era lo que movía las cosas, el mismo hacer, que nos mantenía absortos en las canciones en vez de en estar buscando una estética. Vos estuviste en el Encuentro de Tucumán donde tocamos juntos por primera vez. Viajamos juntos un tramo de una hora y ahí se armó la cosa. Ella había ido como solista y yo también. Y así, del juego mismo, fue saliendo todo lo que hicimos después.

—Con Luna hicieron conocidos tus temas propios. ¿Cuál fue el primero que te animaste a mostrar?
—La primera-primera canción no la canto porque me da vergüenza, pero la primera oficial sería *Alpa Puyo*, que hace referencia a algo que sucede en Tafí del Valle cuando las nubes están abajo tuyo de una manera tan compacta que tapan la tierra. Esa canción nació en Tucumán, cuando tenía 18 años, justo antes de venirme a La Plata a estudiar.

—¿Cuánto te transformó irte de tu casa natal y salir de Tucumán?
—Mucho, porque me enteré de tantas cosas. Me transformó saber sobre los litoraleños a través del Coqui Ortiz y el Negro Aguirre. También, encontrar a Omar Moreno Palacios, que era de un mundo pampeano que no conocía de esa manera. Y descubrir a los cuyanos con esa cosa de la amistad, el vino y eso que siempre andan de a muchos para guitarrear. Además, hay otra gente que no aparecería en estadísticas, pero que está en lugares como Jujuy, personas de su casa que me brindaron alguna revelación sobre cómo viven la música y las coplas de una forma cotidiana. Eso te marca y después ya no podés hacer música de la misma manera.

—Tuviste la escuela formal y también la no formal de la guitarreada, que son esas reuniones de músicos anónimos y profesionales, que tiene cierta mística en todo el país...
—Me viene una reflexión sobre la guitarreada. Nosotros le damos un aura ideal por ser una cosa maravillosa y un ritual hermoso, pero es algo que debería suceder en todas las casas, todo el tiempo. Es algo que nos debería pertenecer. Hay algo ahí que me parece importante, que es un grupo de gente bancando una expresión muy propia, donde se ponen en juego la música, la comida y un montón de dinámicas que tienen que ver con el vínculo humano de una manera muy profunda. Es como una reunión de amigos, donde te ponés a charlar y afloran esas cosas con la música como protagonista.
La guitarreada es un momento de entrega, es compartir con todos lo que uno es.

Foto: Gentileza Espacio Tucumán

HASTA QUE MUERAS, DE RAQUEL ROBLES: EL VIOLENTO OFICIO DE ESCRIBIR

Una novela que trasciende los límites del lenguaje y encuentra el punto entre la experiencia personal y la imaginación de una forma tan inesperada como conmovedora. Política, literatura, militancia, derrotas, victorias, familia, coyuntura, recuerdos, ficción y una autora que lo muestra todo.

POR: MARIANA ARMELIN

Foto: Mariana Armelin. Ilustraciones: Cecilia Martínez Ruppel

No hay nada mejor que sumergirse en el dolor ajeno para escaparle al propio. Al menos por un rato. Esto hace el protagonista de ***Hasta que mueras***, la última novela de Raquel Robles, que llora su propio duelo mientras escucha el relato de Rita. "Si mi misión es escuchar, ¿cómo se escucha todo esto sin llorar?", se pregunta.

La quinta novela de la fundadora de H.I.J.O.S. funciona, y qué bien lo hace, a varios niveles. Lo lineal de la historia, que sucede en la época actual, es atrapante de pé a pá, se puede leer de un tirón y llorar a la par del narrador. Mitad escritor, mitad fantasma. A lo Joyce: "un hombre desvanecido por la muerte, la ausencia o cambio de costumbres". La definición del irlandés le calza como anillo al dedo. Si bien confiesa desconocer cómo actuar frente al llanto de las mujeres, el protagonista, cuyo nombre no se menciona (ni hace falta, ¿un NN?) se pasa medio libro tratando de no lagrimear y la otra mitad llorando a mares.

Este hombre, al que recientemente abandonó una mujer, está en crisis con su oficio y en deuda con su editorial, que le encomienda hacer un libro sobre un caso judicial relacionado con la dictadura. Tiene que escribir la historia de Nadia, presa por haber matado a 36 genocidas y colaboradores que nunca fueron detenidos, pero ella se niega a hablar.

Tenía cinco años cuando vio cómo se ensañaban a patadas con su papá antes de secuestrarlo. Logró escaparse junto a su madre y cuatro niños gracias a la ayuda de José, alguien que se apiada y los esconde en un rancho. Pasaron meses en ese lugar al que llaman "el bosque". Ya adulta, diseñó el plan de justicia propia, lo ejecutó y se entregó. El escritor entrevista a Nadia en la cárcel, donde es temida y respetada por igual (una especie de Sarah Connor en Terminator 2), y a Rita, la madre, en su casa. La autora hilvana todo esto con las descripciones de las 36 diferentes formas de morir, según los informes de las autopsias en el expediente.

El protagonista narra esta historia en primera persona, develando así sus vaivenes personales ante la investigación, y también los de su vida. Frente al dolor concreto y palpable de quienes sufrieron torturas o vieron morir a sus compañeros, siente culpa. Entonces se pregunta lo que tantos otros: ¿qué hacía él mientras los demás sufrían?

La autora aprovecha las voces de sus personajes para dar diferentes definiciones de derrota, aunque el protagonista de su novela se niega a comprender eso. "Una vez que la entendemos solo queda la muerte", dice. También pone en boca de él, aunque se refiera a otro libro que el protagonista intenta escribir en paralelo, la siguiente premisa: "Hacer una novela a partir de restricciones, como diría Italo Calvino. Un juego". Que no es ni más ni menos que lo que Robles misma está haciendo y lo que le da la libertad de citar a una gran cantidad de escritores y escritoras. Así, habla de leer y de escribir leyendo. De libros que recuerdan a otros, los que se iban leyendo a la par, los que se consumían en soledad. En un segundo nivel, quien lea esta novela puede ejercitar su costado lúdico y buscar las conexiones entre esas citas y lo que le sucede al narrador. Otro tipo de juego es el de Nadia a la hora de matar a sus víctimas. Es una asesina que se entrega porque está en contra de la impunidad y eso, a su vez, la libera.

Parece imposible que en medio de tanta tristeza broten el amor y el deseo. Y también es otro juego el de la seducción entre el escritor y Rita, que se palpa desde el principio. ¿Quién no ha cojido y llorado a la vez? Pero más acertado que demostrar que el sexo y el horror se llevan de maravillas, lo que atrapa es que tanto él como ella tienen más de 60 años. Y Robles rompe así, también, con la cultura viejofóbica que esconde a los cuerpos no tan firmes ni turgentes. "Es extraño lo que produce el sexo en las personas. Una memoria y un olvido al mismo tiempo", reflexiona él.

La autora no es ingenua. Sabe contar los dobleces, las posibles consecuencias que la vengadora no barajó en sus actos, como la fragilidad de su situación política en la cárcel de un sistema judicial y penitenciario que aún no ha sido depurado. Basta con ver las reacciones que despierta hoy en día la reforma judicial tan necesaria.

La autora ganó un Premio Clarín Novela en 2008 por ***Perder*** (Alfaguara, 2009) y cuando el gran diario argentino publicó la noticia omitió en su perfil el pequeño gran dato de su militancia. El pasado 1º de agosto, Robles declaró en el juicio por la desaparición de sus padres. Junto a su hermano menor fueron testigos del secuestro. Siempre artista, en la audiencia mostró su torso desnudo. De frente, estaban sus preguntas sin respuesta: "¿Dónde está mi mamá?", "¿Dónde está mi papá?", y en la espalda, otra más cercana en el tiempo: "¿Dónde está Julio López?" Así, tras un vidrio pandémico, dijo: "Si la justicia tarda no es justicia". La frase también podría ser de Rita. Pero lo suyo no es la venganza. Activismo, derrotas, victorias, amores y la aceptación del destino conforman el ADN de esta autora y su novela, imposible de soltar.

Hasta que mueras (Factotum ediciones, 2019),
de Raquel Robles.
Se consigue en físico.

ESE VERANO, UN RELATO DE DIEGO FARIAS

La primera calentura, que se siente como amor, y un momento crucial. El protagonista se juega, en un partido de fútbol contra un hemipléjico pendenciero, más que una camiseta. Es elegir entre la supuesta hombría o ser un hombre de bien. Un autor –y un cuento– tan políticamente incorrecto como tierno y hermoso.

ILUSTRACIONES: CECILIA MARTÍNEZ RUPPEL

A los 16 años me fui de vacaciones a Tucumán. Viajé con Fede, mi compañero de banco de la secundaria, que tenía familia en Ranchillos, un pueblito cerca de la capital. Me presentó a los chicos y las chicas del barrio y, sin dejar de ser "el porteño", me hice un lugar en el grupo. De día salíamos a andar en bicicleta y nos quedábamos toda la tarde en el río. Después, cada uno cenaba en su casa lo más rápido posible para encontrarnos a la noche en la plaza. Era enero, el plan era pasar solo una semana, pero estuve hasta el fin del verano. Volví un día antes de que empezaran las clases.

Ese verano hice tres cosas por primera vez: fumé solo, me emborraché y me enamoré.

Había fumado cigarrillos antes, pero siempre delante de amigos y sin que me gustara. Brindaba con sidra a fin de año en la mesa familiar, pero nunca había tomado comunitariamente de un balde entre amigos. La sangría tucumana me dejó doblado, abrazado a un palo de luz y escupiendo semillas cítricas imaginarias. Y Ángela. Ella hizo que todas las mujeres que había conocido desde el jardín hasta tercer año de la secundaria se esfumaran. Teníamos la misma edad, aunque era diferente a las chicas del curso. Parecía más grande y lo que más me gustaba era el asombro en su mirada por mi forma de pronunciar la erre. Caminábamos de la mano por el pueblo y me sentía un hombre.

Hay una cuarta cosa que hice también por primera vez ese verano, pero no sé bien cómo definirla. Empezar a describirla con un "resulta que" es lo más atinado, así que resulta que entre los chicos tucumanos del barrio había uno que era más grande que nosotros. Era hemipléjico. Podía caminar, pero con dificultad, y uno de sus brazos estaba muy rígido, bastante más flaquito que el otro. A su pierna derecha le había tocado la misma suerte.

Cuando lo conocí, lo llamé por el que pensé era su nombre, Emiliano, y todos se rieron. Le decían "El Emi", pero se llamaba Roberto. El que más se rio fue él, Roberto Sanguinetti. Un genio que tenía un sentido del humor único y enseguida me adoptó. Nos hicimos inseparables. Su mirada sobre mí y sus consejos fueron cruciales para que me animara a hablarle a Ángela.

Uno de nuestros temas de charla más recurrentes era una camiseta de River que yo había llevado. Él estaba obsesionado. Todos los días me pedía que se la regalara. Era un modelo exclusivo que tenía bordadas las copas del tricampeonato del 96, pero además me la había dado mi papá. Era imposible para mí ceder ante su

pedido. Así que cada vez que lo deslizaba le decía que no. Entonces Robertito cambiaba de tema y volvíamos a ser tan compinches como siempre.

Un día Ángela me la pidió prestada para sacarse una foto. Ya nos habíamos dado el primer beso y ese era un desprendimiento posible, darle a mi chica la camiseta un ratito. Cuando apareció con mi remera sentí la mirada de todos. Era la declaración pública de nuestra intimidad. Ella y yo, unidos. Pensar en tener que volver pronto a mi casa, a mil kilómetros de ese momento, me dolía el alma.

Robertito no me celebró el avance con Ángela, como hacía siempre. Pero me ofreció cambiar la de River por una de San Martín de Tucumán. Otra vez le dije que no. Pasaron varios días en los que no registré mucho a mi amigo, estaba ocupado con más cigarrillos, mejorando la tolerancia etílica y, sobre todo, haciendo crecer la cantidad de besos con Ángela. Cuando todos se iban a dormir la acompañaba a la casa. Nos quedábamos en su tapial conociéndonos con las manos. Estaba enamorado. Decididamente.

Entonces reapareció Roberto. Yo quería contarle cómo iba todo con Ángela y hasta pedirle consejos, pero él no quería hablar de eso. Lo que quería era mi camiseta. Y no tuvo mejor idea que proponerme jugármela a penales. Tres tiros, dijo. Si yo ganaba, me quedaba con la mía y con la suya de San Martín. Si perdía, él se quedaba con la de River. Me lo dijo enfrente de todos y el grupo de la plaza me arengó para que aceptara.

No podía jugarle a los penales a él, me parecía que no era justo físicamente, pero como no quería humillarlo ante el resto le expliqué que no, que de verdad mi camiseta era muy preciada. Que si era otra de River se la regalaba de una, pero que esta era especial. Tenía los escudos, pero más que nada me la había dado mi papá. Le dije que lamentaba no haber llevado otra y le prometí que en el próximo viaje le iba a traer una original y del último modelo, que hasta le iba a estampar su nombre, pero no podía darle ni jugarle esta.

Roberto decidió cambiar su estrategia de súplica por una más hiriente. Empezó a cargarme y a chicanear con mi condición de porteño. Porteñocagón, así todo junto y con tonadita era como ahora me llamaba. ¡Meta, chango, no se le cague al Emi, eh!, sumaban sus laderos. La banda trataba de convencerme diciendo que Robertito no era ningún tonto, que pateaba bien y que se las rebuscaba al arco. Así pasó un rato largo, con ellos pinchando y yo esquivando. No había cargada que me hiciera tambalear. Roberto era mi amigo, yo lo respetaba. Y era hemipléjico, no podía jugar a los penales contra un hemipléjico. De ninguna manera.

Entonces le expliqué que la camiseta de San Martín estaba buena, pero que ese no era el punto. Que yo tenía una relación con mi camiseta de River. Quería que me dejaran de joder y terminar el tema de una vez. Sentí que lo estaba haciendo entrar en razón a él y a todos los chicos. Mientras decía esto busqué con la vista a Ángela. Necesitaba la aceptación en su mirada, pero en lugar de esos ojos negros brillantes, me encontré con cierta decepción. Ella esperaba que yo jugara.

Y le dije que sí por primera vez, a Roberto Sanguinetti. Se lo dije mirando a Ángela y pronunciando marcadamente cada erre de su nombre. Vamos a jugar esos benditos penales, agregué. Ella sonrió y yo me convencí de que sería una contienda honesta. Aparte, yo no soy ningún porteño cagón, nací en Villa Ballester, aclaré y la banda celebró. No creo que estuviesen contentos por mí y seguro era la primera vez que escuchaban de ese lugar, pero igual me alcanzó. Mañana a la noche, acá en la plaza, traé vos la pelota, le dije con una convicción casi agresiva y me fui con Ángela a la parte de los juegos.

Primer penal, Robertito fuerte al medio. Atajo. Iba a embolsar, pero puse las manos y di rebote. Me toca a mí. Displicente, media altura y suave. Ataja él con la mano sana.

Va el segundo de Roberto. Su manera de correr hacia la pelota me hace acordar a cuando me quedo leyendo en el baño mucho tiempo y tengo que salir rápido. Me río para dentro, me da culpa. Me confío. Gol. Empato pateando un poco más fuerte, esquinado y al palo de la hemiplejia. Vamoooo, carajo, dice mi puño apretado, que escondo de la vista del resto.

Atajo el tercer penal del tullido Sanguinetti, que ya parece cansado de tanto esfuerzo. Cuando me lo cruzo para ir a patear yo, nos rozamos los hombros. Disculpá, Emi, le digo entre dientes. Me toca a mí, si meto el gol, gano. Ángela me mira, yo miro a mi rival.

En ese momento, el público tucumano cambia las reglas. Los mismos que me alentaban para que aceptara el desafío haciendo hincapié en la entereza física y mental de Robertito ahora me gritan que soy un monstruo. Es un pobre discapacitado que solo quiere una camiseta, dice uno. Que no es justo que me abuse de mi físico, se suma otro. Mi compañero de banco se acerca y me explica que lo lógico es que yo le dé a Sanguinetti alguna ventaja. Parece que a Fede le tira la sangre familiar y ya no lo tengo entre mis hinchas. La única que no dice nada es Ángela. Esta noche me prometió que íbamos a ir a la parte de atrás de su casa para estar más cómodos.

Entre las propuestas para ayudar a Roberto, que ahora me muestra su certificado de discapacidad, escucho que proponen achicar el arco y, sin que yo responda nada, veo que corren los ladrillos unos metros. Me estaba por quejar, pero alguien me interrumpe para declarar que si hay empate eso debería favorecer a Roberto. Estoy parado frente al arco diminuto, cientos de aplausos aprueban las mociones de la banda tucumana y veo que para ese momento la plaza desborda de gente. Ya no logro encontrar a Ángela entre el público. Estoy solo, contra todos.

Quisiera encontrar a mi chica al final de esto. Igual lo que más me importa es que no puedo perder. Le estoy jugando a un hemipléjico, llego a pensar, pero tomo unos metros más de carrera.

DIFERENTES TONOS DE ROJO, DE FACUNDO DELL AQUA: EL MIEDO EN DEGRADÉ

Ideal para quien le tiene miedo al miedo, este conjunto de relatos no navega por el gore o lo aterradoramente sobrenatural. También son perfectos para quien gusta del género porque este libro hace juego con su título y se arma con matices, sutilmente distintos, de la misma materia prima: el terror.

POR: MARTÍN GAGLIANO

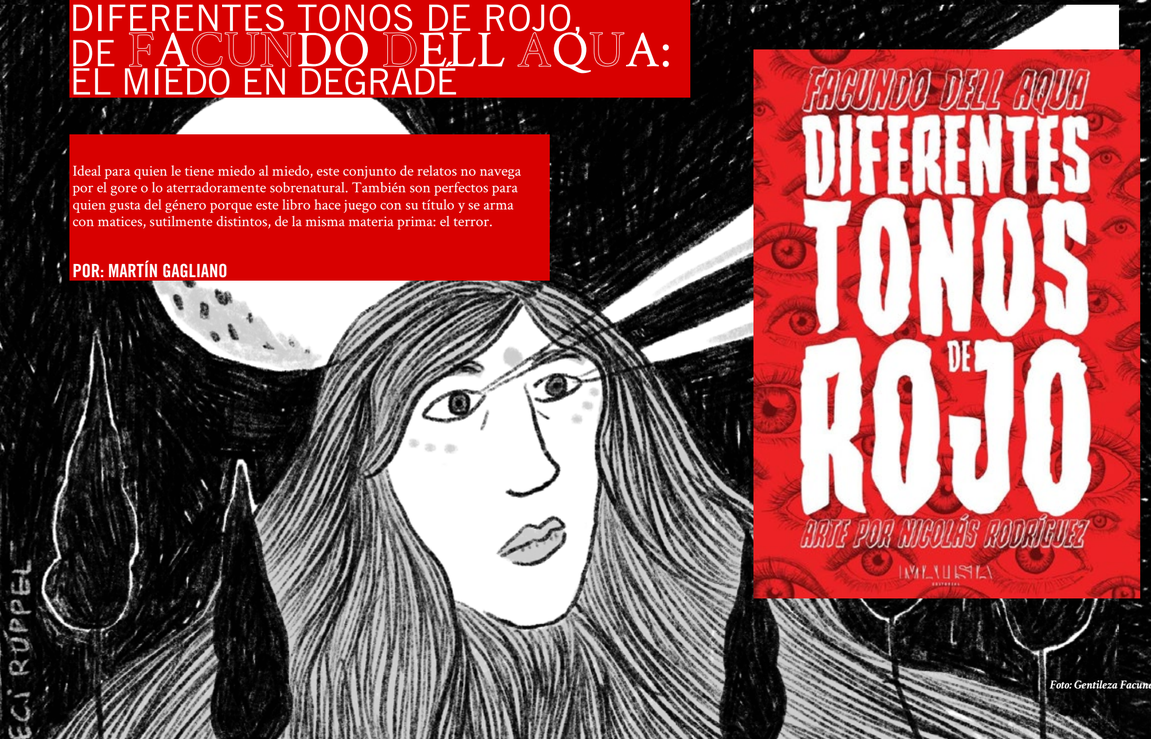


Foto: Gentileza Facundo Dell Aqua

"Esta es mi alarma Todo-Está-Bien", grita Homero Simpson para hacerse oír sobre un chillido constante y aclara: "sonará cada tres segundos a menos que algo no esté bien". Los seis cuentos que arman ***Diferentes tonos de rojo***, de Facundo Dell Aqua, suceden en el preciso momento en que la alarma deja de sonar. El instante en el que las cosas pasan a no estar bien de una vez y para siempre.

El conjunto de relatos se sostiene en base a los personajes de cada historia. Son distintos, pero similares. No solo por estar donde están o enfrentar lo que enfrentan, sino por la forma en que se relacionan con el mundo. El autor trabaja bien la lógica personal de cada uno y queda claro por qué toman cada decisión, aunque puedan ser irracionales. Por ejemplo, en ***Un motor ruge en el silencio*** el protagonista avanza en su camino aun cuando se da cuenta de que nada tiene explicación posible. O como pasa en el cuento que da título al libro, donde el narrador, a pesar de encontrarse en una constante que le resulta absurda, no es capaz de detenerla.

Perderle el miedo al miedo es un ejercicio que en general no se puede hacer de golpe. A veces hay que aclimatarse. ***Diferentes tonos de rojo*** es un buen umbral para iniciarse en el género horror. Ideal para quien le tiene prejuicio, sirve para probar sin riesgo gore, sumergiéndose en buenas tramas. El estilo de este conjunto de cuentos, con historias breves donde lo sobrenatural se hace presente de forma sutil, es una forma de meter un pie en el agua para ver si se está lo suficientemente a gusto como para zambullirse.

Quien lee descubre junto a los protagonistas de qué forma se altera el universo y por cuál rendija se cuela eso que asusta, que muchas veces a lo largo de estas historias tiene que ver con la imposibilidad de volver atrás. Para cada cuento hay un contexto actual que está jodido de una u otra forma y con eso hay que convivir, encontrar sentido en donde no parece quedar nada más. Son relatos que mantienen el suspenso y no apelan a lo grotesco para asustar.

Por ejemplo, ***El flautista a medianoche*** muestra la fragilidad de lo que se suele llamar hogar y cómo el paraíso aparentemente conquistado puede transformarse en la peor pesadilla. En ***El precio del desierto*** se devela un enigma ancestral que vincula los destinos de un padre y su hijo. ***El que sueña entre las estrellas*** enfrenta a terrores atávicos inconmensurables. Y en ***Mi amor yace bajo luces tenues*** se descubre que el karma obra de maneras misteriosas. La tipografía como de película de terror, las ilustraciones y el rojo en varias capas del arte de tapa, a cargo de Nicolás Rodríguez, anticipan certeramente la esencia de este conjunto de cuentos.

Lejos de ser solo existenciales o reflexivas, las historias están repletas de acción. Cada relato va al hueso. Además, hay una variedad de escenarios, como el desierto de Nevada o la frontera con México en Estados Unidos, un departamento en el piso 17 de una torre en Puerto Madero o un barrio de casas bajas en el conurbano bonaerense; con marcadas referencias a lenguajes que se acercan al cine, la novela gráfica o la animación.

Este cruce no es casual. Facundo Dell Aqua es, además de escritor, guionista de cine y de historietas. También hace reseñas de videojuegos, libros, películas y series en su cuenta de Twitter y en su canal de Youtube, ***Llevamos el fuego***. Parte de ese material lo usó para construir su primer libro, ***Los gigantes*** (Malisia Editorial, 2017). Y así como esa novela está atravesada por un cúmulo de referencias a la cultura geek y a la música, en ***Diferentes tonos de rojo*** hay un link con el western, o las road movies.

Además de cierto espanto posible, lo que abunda en ***Diferentes tonos de rojo*** es la naturaleza humana desplegada en varios matices. No hay criaturas monstruosas o sustancias caídas desde el espacio. En estos relatos, son las personas reales las que asustan. En el cuento que da nombre al libro, el autor habla de seres "exiliados de cualquier tipo de normalidad" y esa caracterización ayuda a entender desde dónde Facundo Dell Aqua construye todos y cada uno de sus personajes. Y también cuál es el punto de partida: cómo sobrevivir una vez que se cruza ese margen.

¿Es un libro para leer antes de dormir? Sí.

Las historias de Dell Aqua asustan, pero de algún modo también llevan la tensión hacia lo conclusivo. Eso permite respirar de nuevo antes de apagar la luz. Hundir la cabeza en la almohada y relajar, aun en la contradicción del sonido de la alarma inventada por Homero Simpson, que incomoda, pero a la vez asegura que todo está bien otra vez.

Diferentes tonos de rojo (Malisia Editorial, 2020), de Facundo Dell Aqua. Se consigue en físico y en digital.

Ilustraciones: Cecilia Martínez Ruppel

CAPRICHOS

UN CADÁVER EXPUESTO, QUE ES EXQUISITO

A esto jugaban los y las surrealistas en 1925. Se hace en grupo. Alguien escribe algo, dobla la hoja y quien sigue arma su texto sin saber qué dice el anterior. La consecuencia es una pieza extraña, lúdica, como esta que hicimos en 2020, pero mostrándole a la banda colaborativa algunos retazos. Caprichosos, por supuesto.

POR: E. LOGIAN

Fumaba mirando por la ventana, buscaba inspiración. Entonces la vi. El viento sacudía los árboles y, entre las ramas que se movían, aparecía y desaparecía la imagen de una chica. Estaba a unos metros de la parada del colectivo 26. ¿Lo tomaría?, ¿esperaba a alguien?, ¿qué hacía en la calle durante el aislamiento? Escenas dispersas se me aparecieron, como saludándome, pero no lograba contar la historia que ella —o yo— merecía. Oh.

Su imagen titilando por mi ventana me hizo pensar en una fiesta y yo, que no la podía narrar, me sentí un cadáver frío. Entonces, ¡eureka! La idea me asaltó como un torbellino. Para contar esta historia hace falta un cadáver exquisito, pero lo voy a montar expuesto. En minutos, convoqué a escritores y escritoras ultra tops que, obvio, tengo en mi agenda. Y se prestaron al juego.

Rodrigo Armoa, poeta y herrero, que en su instagram @poetavillero comparte urbanidad, barrio y amores, puso el ojo en el cielo. **Josefina Bianchi**, autora de ***Enredadera rusa***, desde su poética agregó movimiento. **Juan Diego Incardona**, escritor de culto de los suburbios bonaerenses, se ocupó de vestir a la protagonista. Para cerrar, dejé todo en manos de **Vanina Colagiovanni**, editora en Gog y Magog, autora de la novela ***Laguna*** y de varios libros de poemas, que aportó un final arrancasuspiros.

También intervino en esta trama parte del Consejo editorial: **María Miranda**, que sumó suspense, y **Darío Sosa**, que trajo cierto alivio. Porque la gente de mi mafia es fabulosa. A cada integrante de este sexteto le envié un fragmento de la historia que se me representaba incompleta y, con sus respuestas, quedó felizmente armada.

Así que acá está, este es, mi segundo capricho de una serie.

Imagen: Gladys Bialek

TE ELOGIO EL ELOGIO

Cuando la vio bajar del colectivo se aclaró la garganta, decidido a elogiar su pañuelo. Antes de la noche hay un sol que prefiere huir, ni la más hermosa estrella se desintegra por escapar.

Rodrigo Armoa

Tuvo el impulso de abrazarla, pero un viento imponente la alejó. Ella se rio y dijo en un grito elogioso: ¡Parece que hoy tampoco podremos tocarnos! En la esquina, un remolino insoportablemente simétrico aspiraba flores y envoltorios de chicle. El movimiento era lento y coordinado, como si ya estuviera pensado.

Josefina Bianchi

Soltó una invitación, deseoso de que el capricho del aire la entregara en su mano. Una corazonada lo convenció de que la volvería a encontrar. La miró tomar la calle principal deprisa para perderse entre ese mar de trajes y lentes de sol.

María Miranda

De pronto vio que se codeaban; su prima dio un trotecito aparatoso y al oído le dijo: ¿qué te pusiste?, mirá que sos caprichosa, eh. Se había enfundado en un vestido hecho de bolsas de arpillera donde todavía podía leerse, escrita en colores azul y rojo, la marca de la empresa "Dos palomitas". A la altura de la pollera decía: "Papa para consumo, aproximadamente 25 kilos".

Juan Diego Incardona

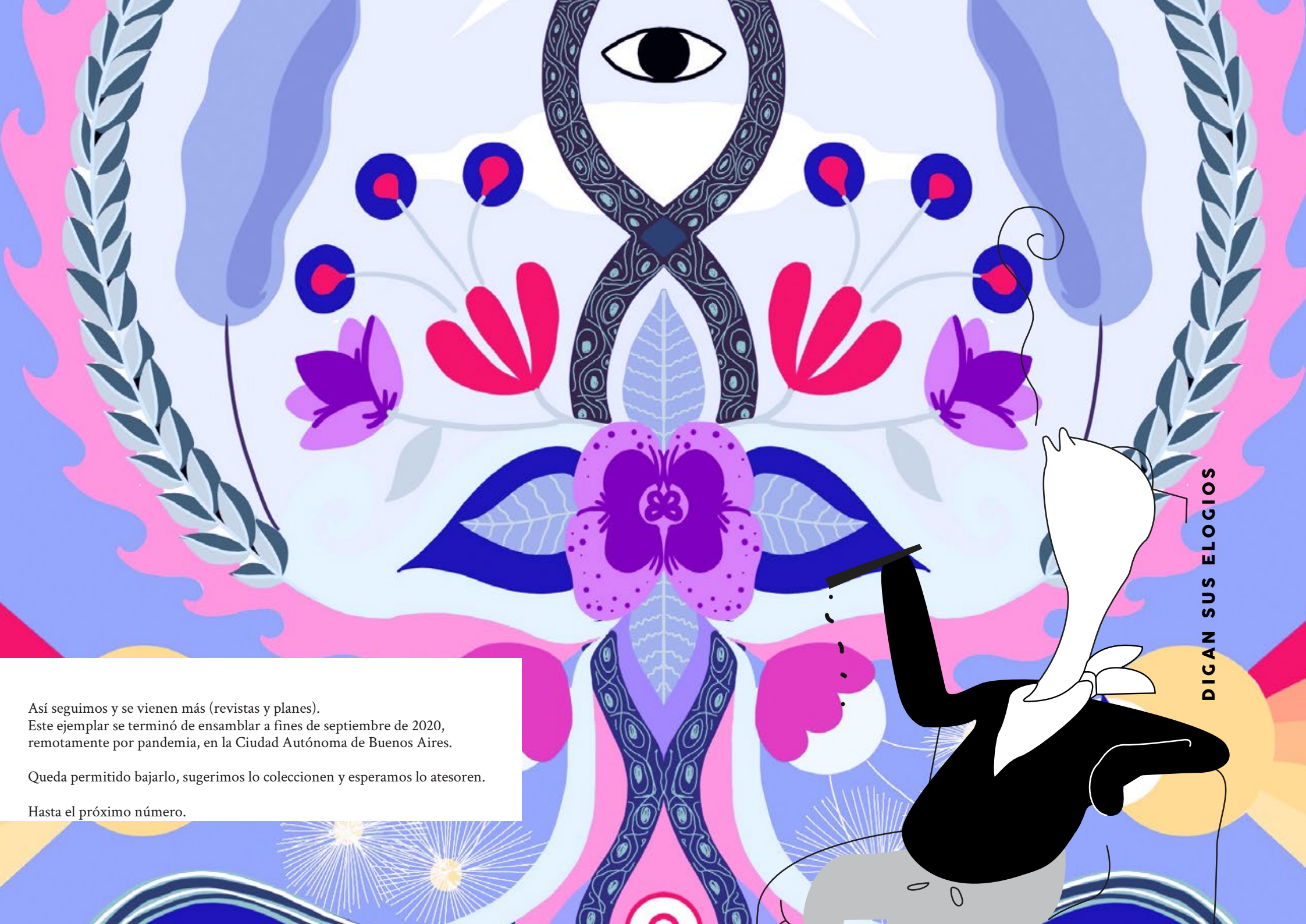
La vergüenza la hizo sentir viva y los elogios adornaron el camino que iba dejando mientras entraba en la sala. Bajo una araña de mil caireles, se aclaró la garganta; cuando la guitarra marcó el tono, abrió los brazos recibiendo la luz cálida en las palmas de sus manos y, por fin, mirando a su amor, cantó.

Darío Sosa

Sus ojos tropezaron con los de ella. Se vieron y los elogios se desvanecieron. Su capricho era abrazarla. La miró con esperanza, su pierna temblaba enloquecida, las pupilas grandes silentes. Ella esperó. Estaban al borde de algo, una tensión sedosa crecía, hasta que ella habló.

Vanina Colagiovanni

Muchas gracias a Juan Diego Incardona, Vanina Colagiovanni, Josefina Bianchi y Rodrigo Armoa por jugar a este capricho. Una reverencia para María Miranda y Darío Sosa por la producción impecable.



Así seguimos y se vienen más (revistas y planes).
Este ejemplar se terminó de ensamblar a fines de septiembre de 2020, remotamente por pandemia, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.

Hasta el próximo número.